I

Escribí la primera lista el día en que decidí ser estatua. Era un domingo, llovía con furia y yo no tenía otra cosa que hacer más que mirar el agua por la ventana y escuchar en la radio a un tipo que cantaba sobre una ola que viene y una ola que va. Pero no decidí ser estatua por la lluvia ni por la canción, sino porque Mimí había dicho la misma frase siete veces en un par de horas.

—Algo hay que hacer.

Y un momento después:

—Algo hay que hacer, digo yo. Alguna cosa *hay* que hacer.

Podía cambiar una palabra o darle al asunto tonos diferentes, según su estado de ánimo o nivel de cansancio, y lo que a la tarde parecía un grito de guerra apache, a la hora de irse a dormir no era más que un murmullo mezclado con pasta de dientes mentol extra fuerte. Pero ella no esperaba respuestas; creo que en realidad solo lo decía

para oírse. A mí, de todas formas, eso me parecía un signo de que las cosas iban decididamente mal para nosotros. Mal y sin muchas posibilidades de mejorar.

Olvidé decir que Mimí es mi madre. Empecé a decirle así cuando era muy chica; no tengo idea por qué: tal vez simplemente no me gustaba la letra a. Yo era bastante rara en esa época. Alguna gente cree que aún lo soy. La cuestión es que me acostumbré a ese nombre y ya no me sale llamarla de otra manera.

Mimí acababa de pronunciar la frase por sexta vez cuando abrí el cuaderno y decidí inaugurarlo con una lista. En realidad, el cuaderno era un diario íntimo que me habían regalado en mi último cumpleaños. Pero a mí no me gustan los diarios: están llenos de confesiones sentimentales y otras estupideces románticas. Este tenía tapas color rosa y decía en el frente "Mis secretos" con letras y corazones rojos. Estuve por tirarlo, pero al final decidí cubrir la frase con la foto de mi banda de rock preferida y usarlo para hacer listas. Las listas, para mí, son mucho mejores que los diarios: dicen lo que dicen sin perder el tiempo.

Esto decía la primera:

Sobre este último punto no agregué detalles porque no tenía ganas de pensar y menos todavía de escribir nada que tuviera que ver con él. Pero no era fácil ignorar los algo-hay-que-hacer de Mimí, que venían repitiéndose peor que publicidad de la tele.

Cuando yo volvía a casa y ella pronunciaba el tercero o cuarto del día, empezaba a inquietarme. El centro del problema era que en los últimos meses la plata no alcanzaba para todos los gastos: el alquiler, la comida, mis útiles de la escuela y los pañales del enano. El enano es mi hermano Nacho, quien se resiste a crecer en altura aunque come más que una manada de búfalos. Mimí dice que su ritmo de crecimiento es perfectamente normal y que yo soy muy impaciente, pero ustedes verán a quién creerle.

Por muchos algo-hay-que-hacer que soltara, no había demasiado que ella pudiera agregar a sus tareas, porque trabajaba diez horas por día en un negocio vendiendo ropa y después venía a casa a ocuparse de nosotros. Tampoco se podía esperar mucho del enano, que a los dos años no mostraba ninguna habilidad especial más que su descomunal hambre, y era difícil que le pagaran por ello. Quedaba yo.

Venía pensando en ese asunto desde hacía tiempo. No le había dicho nada a Mimí porque sabía que iba a oponerse a que hiciera cualquier otra actividad más que ir a la escuela. Igual, yo me había armado una lista de posibilidades para ganar dinero, aunque terminé prácticamente por descartar todas. También anoté esa lista en mi cuaderno.

Posibles trabajos
1) Ofrecerme de vendedora en algún negocio (pero no me salen bien las cuentas).
2) Cuidar chicos (pero paso tanto tiempo cuidando al enano que al ver un bebé generalmente tengo ganas de ahorcarlo).

3) Tocar la armónica en el subte (pero toco bastante mal. Aunque tal vez me darían plata de lástima).
4) Hacer malabares en los semáforos (pero se me caen las pelotas todo el tiempo).

Tenía grabada una frase que una vez me dijo mi tío Antonio: "Uno tiene que descubrir lo que le sale bien antes de hacer nada". Tal vez ustedes se pregunten qué hace él tras pronunciar semejante frase y la cosa no deja de tener gracia. Porque lo que descubrió que le sale mejor que todo son las casitas con escarbadientes. Y le quedan increíbles, es cierto, pero aún no encontró la manera de vivir de ellas. Entonces, es contador en un banco. Porque, según me dijo, lo que le sale mejor después de las casitas es hacer cuentas.

Bueno, a mí no. Quiero decir, ni las cuentas ni las casitas. Así es que venía eliminando de la lista todo lo que se me ocurría hasta que me di cuenta de que lo que a mí me sale perfecto es no hacer nada. De verdad, la gente siempre se asombra cuando me ve sentada en el sillón haciendo nada un rato largo. Es que lo que hago pasa por dentro de mi cerebro: historias, ideas, la cara de

Daniel, jugadas magistrales de ajedrez, el diseño de un pantalón que se hace pollera, todo eso un poco mezclado.

Estuve unos días pensando cómo explotar esta habilidad mía para no hacer nada hasta que una tarde que caminaba por un parque lo tuve frente a mis ojos: tenía que ser estatua.

Seguro que las han visto alguna vez. Se colocan sobre un pedestal con un buen traje y la cara maquillada. Y se quedan completamente quietas, sin pestañar ni rascarse la nariz hasta que alguien les pone una moneda en la alcancía. Entonces se mueven muy despacio, como en cámara lenta, hasta que vuelven a la posición anterior. Por lo que pude ver en un parque cerca de casa, las cosas no les van nada mal porque a cada rato se oye caer una moneda.

Cuando llegué a la conclusión de que iba a ser estatua me sentí eufórica, como si acabara de inventar la calculadora (ya sé que se dice "inventar la pólvora", pero yo creo que el que inventó la pólvora le provocó muchos problemas al mundo; en cambio, el que inventó la calculadora hizo feliz a un montón de gente que ya no tuvo que hacer más cuentas). Durante un día mantuve esa sensación de calor en el pecho y hasta estuve a punto de cometer la estupidez de decirle a Mimí que

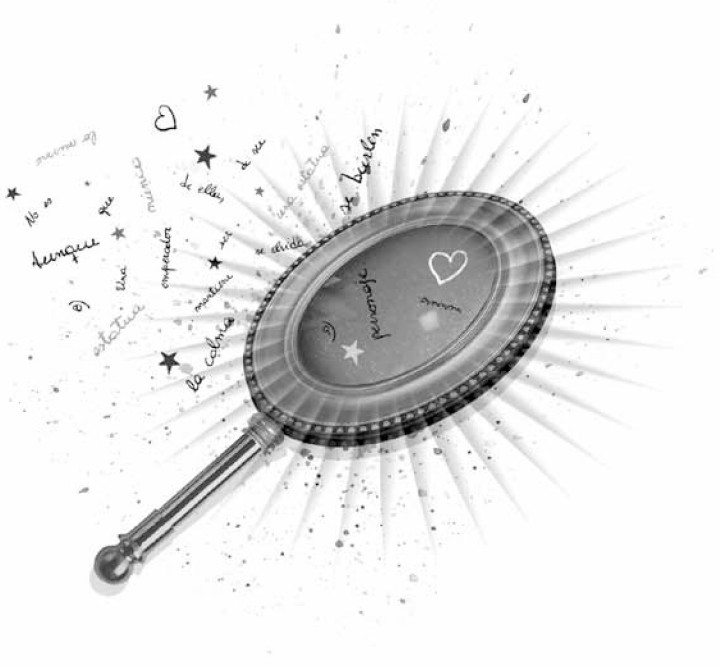
nuestros problemas estaban por terminar gracias a mi gran idea. Después me di cuenta de que ni siquiera sabía si iba a poder soportar todo ese tiempo sin moverme ni reírme ni estornudar.

Lo primero, me dije entonces, es probarme. Así que un día me paré frente al espejo del baño y ensayé varias posiciones. Me pareció que me quedaba muy bien una con el brazo derecho levantado y la cabeza un poco hacia atrás. Todo muy digno y elegante, como una diosa. Miré la hora y me preparé para aguantar. Al rato nomás sentí que la parte superior del brazo empezaba a dolerme, como si alguien me estuviera clavando agujas. Soporté un poco más, hasta que me pareció que el brazo entero estaba a punto de desprenderse de mi cuerpo y caer, y si me quedaba sin un brazo ya no podría ser estatua, salvo que imitara a la Venus de Milo, no sé si la conocen, que es una famosa estatua sin brazos. Entonces me senté. Miré el reloj: solo habían pasado siete minutos. Un fracaso.

Me deprimí aproximadamente una hora y media. Después recordé otra frase de mi tío (se habrán dado cuenta ya de que es una persona que acuña muchas frases célebres, aunque un poco ridículas), que dice así: "El que no sabe pregunta, y el que no entendió vuelve a preguntar". Les podrá parecer una estupidez, pero a mí me vino muy bien en

situaciones difíciles de mi vida, como cuando me tomé el colectivo en la dirección contraria a la que debía ir y aparecí en Villa Ortúzar, que es un barrio de Buenos Aires que yo nunca había oído nombrar.

Bueno, tenía que encontrar a quién preguntarle cómo ser una estatua. Por supuesto no se lo iba a preguntar a mi maestra, sino a una estatua de verdad. Tuve que esperar hasta el sábado, cuando podía ir hasta un parque donde siempre se paraba una. Así fue como conocí al Rey.



2

Cuando llegué a la plaza, el Rey ya se había subido a su pedestal y un grupo de personas lo miraban. Llevaba un traje fantástico, todo blanco, igual que su peluca, su corona, sus sandalias y su capa. Blanquísimos. Mientras estaba inmóvil tenía los ojos cerrados, aunque a mí me parecía que cada tanto espiaba un poco entre las pestañas sin abrirlos del todo. Le pusieron la moneda, él hizo su magnífica reverencia lentamente, miró al público con un asomo de sonrisa en la boca y volvió a la quietud. El grupo (creo que eran turistas alemanes, aunque igual podían ser suecos o norteamericanos, porque las lenguas no son mi fuerte) lo admiró un rato más, comentó cosas que no entendí y siguió de largo. Fue cuando decidí acercarme. No sabía muy bien cómo dirigirme a él y creo que no elegí la mejor forma.

—Oiga, estatua —le dije.

Nada. El tipo ni pestañeó. Insistí, aunque un poco más formal.